

pecar de gastronomía en los seductores salones de *Veri* y de *Vefour*, de los *Hermanos provenzales* ó del *Rocher de Cancale*.

Asombra verdaderamente la contemplacion de sus libros, que no listas, de artículos de consumo ; confunde y embrolla la nomenclatura fantástica de sus salsas, y seduce naturalmente y satisface el aseo y limpieza de su servicio, el ingenio y novedad de su condimento.—Supongo igualmente que el forastero tampoco querrá frecuentar todos los dias aquellos privilegiados templos de la gula, ni gastar en ellos quince ó veinte francos para su ordinaria refaccion ; pero tiene en su mano el ir descendiendo á otros establecimientos más modestos, hasta los numerosos del Palacio Real, en donde *por dos francos* se le sirve una sopa, tres ó cuatro platos de guisos ó asados y un postre, con el pan y vino correspondiente, y todo bien condimentado, aunque no de tan claro origen ni bien demostrada alcurnia.—El término medio son los restauradores del Boulevard, donde, pidiendo los platos por lista, y reuniéndose dos amigos, pueden hacer una excelente comida por cuatro á cinco francos cada uno.

Para abrir el apetito ó para procurar una buena digestion, hay tambien hermosos paseos en los llamados *Campos Eliseos*, de una prodigiosa extension, y en los bellísimos jardines de las Tullerías y del Luxemburgo, en todos los cuales, y segun las respectivas estaciones y horas, asiste una crecida concurrencia, ora de niños jugueteros y de descuidadas niñeras, ora de forasteros y desocupados, ora, en fin, de una parte de la brillante sociedad parisiense.—El paseo, sin embargo, en aquella capital no es una necesidad diaria y obligada como en la nuestra, por várias razones que se deducen del clima, del distinto repartimiento de las horas del dia, de las distan-

cias, y de la mayor ocupacion; así que, solamente en dias muy despejados y claros de primavera y otoño puede caracterizarse de paseo elegante el jardín de las Tullerías ó los Campos Eliseos; pero nunca (proporcion guardada) presentan el conjunto halagüeño y aún magnífico que el Prado de Madrid en una hermosa mañana de invierno, con su elegante concurrencia y la mezcla lujosa de las modas nacionales y las extranjeras; porque es de advertir tambien que París, el gran taller de la moda, es uno de los pueblos en donde se viste con más descuido y afectada sencillez, especialmente en público, dejando la brillantez del lujo y los caprichos de la moda para la sociedad privada, ó cuando más, para el balcon de la ópera.

Tiene, en fin, el forastero siempre dispuestos á servirle de brújula en tan inciertos mares, domésticos inteligentes, que, mediante su convenida retribucion, le iniciarán prácticamente en todas las revueltas de la ciudad, le mostrarán sus tesoros, y le servirán en los primeros dias, de hilo conductor en tan intrincado laberinto.—Tiene facultad, por una corta suma, de tomar un aire más ó menos importante, valiéndose desde el modesto *cabriolé de place* á razon de seis reales por hora, hasta el elegante *landau* de cifras y armaduras anónimas.—Tiene sastres afamados que en el corto término de veinte y cuatro horas rehabilitarán su persona con todo el rigor de la moda; tiene perfumistas y peluqueros que harán por borrar de su semblante las huellas del tiempo ó del estudio; tiene empiricos que le ofrecerán elixires de larga vida y curarle de sus enfermedades por ensalmo; tiene camaradas que encomiarán su talento á cambio de un billete de la Opera ó de un almuerzo en el café de París; tiene mujeres que le entregarán su corazon y dependencias por un tanto al mes.

En medio de todo este aparato de compañía, y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que *está solo*, en medio de un millon de personas; acaba por entregarse al fastidio, en medio de la más agitada existencia. — ¿Qué es lo que le falta? (se dirá). — ¡Qué! ¿No lo han adivinado mis lectores? — Le falta la sociedad íntima y privada, aquella que produce las verdaderas relaciones del corazón; aquella que causa los más dulces y tranquilos goces del alma.

Esta sociedad, esta grata concordancia, no vaya el extranjero á buscarla en un pueblo extraño, inmenso, agitado y egoísta; y en el momento en que, saciado de su bullicioso espectáculo, se le revela aquel vacío, vacío para llenar el cual son insuficientes todos los halagos brillantes de los sentidos, abandone inmediatamente aquella fantástica escena, y sálgame del torbellino en cuyo centro permanece ya inmóvil y yerta su imaginación. — Porque en aquella indiferente sociedad, de cuyo conjunto no forma parte, hallará, sí, aduladores de su fortuna, cómplices en sus devaneos; pero no amigos desinteresados y firmes, ni compañeros en su adversidad; — porque tendrá, sí, abiertas á su persona, ó más bien á su bolsillo, todas las puertas de los espectáculos, todas las casas en que se reuna interesada sociedad; pero le serán cerradas las de la vida privada, el interior de la familia, que en vano pretenderá conocer; — porque acaso recibirá de vez en cuando una elegante invitación á un festín ó á una *soirée* de su banquero de la *Chausée d'Antin*, ó de sus relaciones del cuartel de San German; pero pasarian muchos años ántes que una familia respetable le reciba en el reducido círculo de su gabinete, donde pueda aprender los verdaderos caracteres y costumbres de la vida privada.

La desconfianza natural en pueblo tan heterogéneo; el egoísmo que inspiran el cálculo y el interés; la agitacion

continúa, hacen que el habitante de París sea, en efecto, el único misterio inaccesible al extranjero, la única cosa que se escapa á su investigacion.— Aunque sus propios convecinos no son los mejores jueces en la materia, porque ellos mismos no se estudian ni frecuentan entre sí; y á no ser una parte de la sociedad que, como más disipada, se ostenta diariamente con su pomposo aparato de pasiones exageradas (que es la sociedad casi incomprensible que nos retratan los *Balzac*, *Soulié* y *Sand* en sus ingeniosas novelas), las demas afecciones privadas permanecen modestamente ocultas tras de la brillante escena del gran mundo.

Sin embargo, de algunos datos ó indicaciones que se escapan al través de tan espesa nube, viene á deducir el extranjero que el interes egoista es la base principal del carácter de aquel pueblo, y que sacrificando á él alternativamente, ya los sentimientos más sublimes, ya las inclinaciones más rastreras, se abrazan con el trabajo, y ahogan el vuelo de la fantasía y los tiernos impulsos del corazón.— La familia, allí, bajo este aspecto, es más bien una asociacion mercantil que una agrupacion natural.— El marido y la mujer son trabajadores y consecuentes, más por cálculo que por virtud; su amor amistoso está fundado en el mutuo interes de la sociedad; y los hijos, mirados como réditos de aquel capital, son entregados á ganancias en manos de sus preceptores para enseñarles una profesion ú oficio, para adquirir conocimientos que hagan más crecido su valor.— Todo lo que á esto no conduzca lo miran como inoportuno y hasta incómodo, y por eso rehuyen la sociedad frecuente y exterior, y por eso ponen delante del dintel de su puerta el misterioso emblema de la etiqueta, que parece decir al indiscreto: « No has de pasar de aquí »; y por eso acaba el extranjero por aburrirse en un pueblo donde nada puede ver

sin pagar su billete ; en un teatro donde no puede nunca llegar á ser actor.

¡Qué diferencia de nuestra sociedad castellana, donde la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recién venido, y á dos por tres le brindan aquella expresiva fórmula de «*Esta casa está á la disposicion de usted!*»—Aquí los dones privados del ingenio son prodigados con amabilidad y sin interes alguno; aquí, sin hipocresía, sin reserva, se ponen de manifiesto los más oscuros senos del corazon; aquí nadie calcula el timbre ni la riqueza del presentado para medir sus palabras ni profundizar sus cortesías; aquí las prendas naturales, el talento, la belleza, ó una galan cortesania, bastan para hallar en los labios una grata sonrisa, un lugar privilegiado en el alma.—Aquí los talentos de sociedad se brindan gratuitamente en reuniones amistosas, no en círculos pagados y públicos; aquí los artistas, los poetas, hacen sonar los ecos de su voz y de su lira para recreo de sus amigos, no por una mezquina especulacion; aquí, cuando llega un extranjero, sea diplomático altisonante, amigo ó enemigo de nuestro país; sea pedante literato, despreciador injusto de nuestras costumbres; sea especulador industrial que venga con deseo de abusar de nuestra buena fe, se le recibe y obsequia á porfía en nuestros liceos y sociedades privadas; se le hace un lugar (¡acaso demasiado!) en nuestras almas; se le adula imprudentemente y se le confían los datos para que luégo sirva contra nuestra política, revele y exagere nuestros defectos, engañe y comprometa nuestro interes.

Sirva de aviso á nuestros compatriotas, que en vano pretendan encontrar nada de esto en los pueblos extranjeros, y singularmente en París; que aún el agradecimiento no tiene lugar en quien cree que el agasajo nues-

tro es un tributo debido á su superioridad; en quien suele pagar nuestra amistad con una afectada cortesía, y la más pequeña prueba de amor con una infamante vanagloria.—Sepan nuestros literatos (que tan ávidos son de traducir las más mezquinas producciones de los ingenios de allende Pirineos) que las suyas son allí completamente ignoradas, y sus nombres mirados con el más injusto desden; sepan nuestros políticos, que tanto se afanan en remedar á los modelos extranjeros, que sus ridículos esfuerzos son mirados con sonrisa en los altos círculos del cuartel de San German ó de la plaza de San Jorge; sepan nuestras jóvenes que su amor ó amistad, si indiscretamente los brindasen, pueden servir de pretexto á novelas y dramas ridículos, en donde se convierten en caricatura los más nobles sentimientos; y sepa, en fin, el viajero que al llegar á aquella capital no puede contar seguramente con amistades sólidas, y que á su salida no dejará tampoco relaciones de corazon.

Esto es lo que pura y simplemente he llegado á comprender de la sociedad íntima de aquella capital, y lo digo con aquella franqueza con que en los anteriores capítulos he elogiado, como merece, su organizacion económica, sus adelantos materiales, su inteligencia superior y su admirable conjunto. Aquí no hay mala fe, ni el deseo de censura que suele arrastrar á los modernos viajeros franceses á pinturas chocarreras de nuestro carácter y costumbres: hay sólo la lealtad y sano criterio del observador imparcial, del censor indulgente, que aplaude lo que cree digno de encomio, combate y lamenta lo que se presta naturalmente á la censura.—Por último, para no continuar más en el estilo declamatorio, que tan mal se presta á mi festiva pluma, permítaseme que, por vía de corolario de todas las consideraciones que preceden, y para terminar este capítulo referente al carácter moral de la socie-

dad parisiense, de esta sociedad mentida, que apenas en dos años me fué dado adivinar; permítaseme, digo, que reproduzca en su lugar propio un desenfado poético con que contesté á una ilustre señora española, que me preguntaba mi opinion sobre las costumbres y la sociedad de aquella capital.

Hélo aquí:

UNA BELDAD PARISIENSE.

En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas,
Del comisario á la voz,
Una de aquestas figuras
Que de retórica son,
Hipérboles por su adorno,
Síncopes por su valor;
En banquillo de justicia
Y pública Exposicion,
Se resigna á la sentencia
Que ha publicado el prebost.—

« En la villa de París
»Y en el año del Señor
»Mil ochocientos cuarenta,
»Se ha presentado ante nos
»*Mademoiselle Heloise*
»*De Sans-devant et Sans-dos*,
»Hija de padres anónimos,
»Natural de *Cotte d'Or*;
»Y vista la insuficiencia
»En que el tribunal la halló
»Para pagar sus empeños
»Con el concurso acreedor,
»El tribunal la declara

»Insolvente, y ordenó
 »Que reunida la junta,
 »Y prévia declaracion,
 »Se proceda al inventario
 »De los restos de valor,
 »Para entregar á sus dueños
 »Por vía de transaccion.»

Empieza la diligencia,
 Á la una..... á las dos.....
 Á las tres..... y el martinete
 Á este tiempo resonó.

— Un schal dicho de las Indias,
 Y en el hecho de Lyon,
 Que ha reclamado en su tiempo
 Monsieur *Gagelin mayor*.—
 Un albornoz africano
 Con patente de invencion,
 Que falto de pagamento,
 Reclama la *Barbe d'Or*.—
 Un sombrero *fantasia*
 Y un vestido *satin gros*,
 Que á madama *Alejandrina*
 Deben la tela y *façon*.
 Gruesas perlas de Ceylan
 En figura y en color;
 Un camafeo egipciaco
 Premiado en la Exposicion;
 Peines de concha..... de ciervo;
 Dijes marfil..... de *mouton*;
 Y otras diversas preseas
 De tan sólido valor,
 Adjudíquense á su dueño
 El joyero *Bourguignon*.—
 Diez encajes de Brusélas
 Tejidos en *Charenton*;
 Ricas camisas de Holanda
 Con la marca de *Cretonne*;
 Abanicos de la China,
 Obra de monsieur *Giraud*;

Pieles de marta y armiño
 Cazados en *Montfaucon*;
 Indianas pañolerías
 De la fábrica de *Sceaux*;
 Aderezos de oro-símil;
 Sederías de algodón,
 Y anascotes con el nombre
 De *merinos* español;
 Con otros muchos objetos
 De equívoca producción,
 Que forman el mobiliario
 De mademoiselle *Sans-dos*,
 Entréganse y adjudican
 Al respectivo acreedor. —
 Si hubiere quien más reclame,
 Que se presente ante nos. —

—Yo reclamo de Madama
 (Saltó á este punto una voz)
 El zapato de dos metros
Brodequin de pied mignon. —

El *fourniseur* de la ópera
 Reclama *les mollets faux*
 (En español pantorrillas)
 Con seis libras de algodón. —

Guantes pide monsieur *Mayer*,
 Y pellizas *Pellevrault*;
 Falsas flores *Constantino*;
 Rasos bordados *Chapron*; —

Mademoiselle *Victorine*
 Pide el corsé *juste-corps*
 Con más hierro en su armadura
 Que la del Cid Campeador. —

La *tournure* voluptuosa
 Que á tanto necio embaucó,
 Obra es de mi *crinolina*,
 Replica monsieur *Oudinot*. —

El director del Gimnasio,
El coronel *Amorós*,
Reclama de aquellos miembros
La ortopédica instruccion ;

Item más : diez almohadillas
Que oportunas colocó
Para llenar diez vacíos
Que no negára Newton.

—Esos dientes no son suyos,
Exclama *Desirabode*,
Que se los he colocado
Con mis propias manos yo.—

—Pido á mi vez (dijo entónces
El perfumista *Desfaux*)
Cuatro libras semanales
De blanquete y bermellon,

Espuma de Vénus, parches
Y esencia de coliflor,
Y ¡el prodigio de la química,
La pomada del león!

Ademas traigo una nota
De bucles, trenza y *bandeaux*
Que dice haberla fiado
El *segundo Michelin* (1).—

— Llegamos á los cabellos,
Y la dama se acabó;
¿ Hay quien pida más? (pregunta
El juez adjudicador.) —

—Sí, señor (responde al punto
Una hermafrodita voz

(1) Este peluquero decia en su muestra ó enseña : « Michelin II, hijo y sucesor de Michelin I. »

Con su cigarro en la boca
Y abanico en el bolsón).

Yo reclamo las ideas
Que esa dama prohió,
Y son de una cierta *Lelia*,
De que soy madre y autor.

—Vaya también las ideas
Y hasta el metal de la voz,
Que creo le han reclamado
La *Dorus-Gras* ó la *Nau*. —

Sólo queda el esqueleto. ...
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila*,
Para hacer la disección.—

De esta atmósfera mentida,
En donde no es día el sol,
Donde la verdad se viste
Para parecer mejor;
Donde lo blanco no es blanco,
Donde el cuerpo es ilusión,
Donde el alma una mentira
Y la palabra un error;
Donde el engaño preside,
Y reina tan sólo el *yo*;
Donde el que no es instrumento,
Por fuerza es contradicción;
Donde obliga el *s'il vous plait*
Para mandaros mejor;
Donde el interés os pisa
Y luego os dice: «*pardon*»;
Donde el amor va sin venda
Delante del amador,
Y con billetes de banco
Hace su declaración;
Donde la fachada es todo,

Donde nada el interior,
 Donde reina la cabeza
 Y obedece el corazon;
 — ¡Cuántas y cuántas bellezas,
 Cuántos autores de pro,
 Cuántas famas prestameras,
 Cuánto heroísmo ficción;
 En la plaza de la Bolsa,
 De la tarde entre una y dos,
 Salon de públicas ventas
 Ante el concurso acreedor;
 En míseros esqueletos
 Trasformados á su voz,
 Para hacer la anatomía
 Reclamára otro español!

XV.

UN AÑO EN PARIS.

LAS EXEQUIAS DEL EMPERADOR.

Por fortuna del extranjero existen en aquella capital siempre compatriotas suyos, en cuya compañía se hace casi indiferente la dificultad del trato indígena; y ésta es una razón más para que pueda pasar en París una temporada agradable, por ejemplo, de un año; pues prescindiendo de las satisfacciones privadas, la vida pública le ofrece bastantes para no echar de ménos aquéllas.

El día primero del año abre magníficamente aquel animado espectáculo con el singular que ofrece el movimiento de la población, que en tal día celebra con suntuosas visitas y regalos amistosos y de familia *los estrenos* de Año Nuevo; y es imponderable el soberbio aparato que en muebles y alhajas de valor, dulces y chucherías despliegan todas las tiendas y almacenes, y el considerable número de millones de francos puestos en circulación para satisfacer esta costumbre, explotada, como todas, por el interés y el cálculo parisiense.

Viene luego el Carnaval con su estrepitoso aparato de

orquestas y danzas : todos los salones de las altas aristocracias, nobiliaria y mercantil, empezando por los regios de las Tullerías, á concluir en los de los especuladores afortunados de la Bolsa, despliegan en esta temporada su respectiva magnificencia, en bailes serios ó disfrazados (sin careta), y en magníficos conciertos y *soirées*, entre las cuales, las más de buen tono son las del cuartel de San German. — El pueblo en general tiene tambien abiertas y brindándole las puertas de todos los teatros y otros establecimientos públicos, desde el magnífico salon de la Opera, hasta la hedionda escena de *la Courtille*, donde puede entregarse libremente á aquella alegría frenética, á aquel vértigo febril que agita en semejante caso á aquella entusiasta poblacion. — La máscara francesa no conserva nada del carácter galante de la italiana y española, y más bien es un salvo-conduto de demasías, un obsceno emblema de impudor. — ¡Lástima causa que salones tan magníficos y bellos como los de la Academia Real de Música, los del Renacimiento y la Opera Cómica, sirvan de escena á aquellas turbulentas y asquerosas bacanales, en que cinco ó seis mil personas fuera de sí parecen dominadas por un espíritu infernal! — Excusado es decir que la sociedad escogida no asiste á semejantes reuniones, y sólo como mera espectadora y en una interminable fila de coches se presenta el mártir de Carnaval á lo largo de los Boulevares, para ver la grotesca procesion del *Buey gor-do*, enorme animal que, revestido de guirnaldas, emblemas y colorines, es paseado pomposamente con una lucida comitiva de sátiros, salvajes, turcos, beduinos y ninfas de lavadero.

Los teatros y diversiones públicas siguen sin intermision durante la cuaresma; y el Viérnes Santo por la tarde se tiene, en direccion del bosque de Boloña, el gran paseo conocido por *Lonchamps*, del nombre de una antigua

abadía que no existe, y á que acostumbraba en otro tiempo acudir la poblacion parisiense; el cual paseo, por la multitud y belleza de los carruajes, caballos, trajes y modas que en él se desplegaban, vino á ser el dia que formaba época de la moda anual. Hoy ha decaido mucho de esta importancia, y los forasteros que van solícitos á presenciar aquel espectáculo suelen ser, sin advertirlo, los únicos actores de él.

La primavera en París viene á ser una pura metáfora, pues en realidad puede decirse que allí no se conoce más que un prolongado y riguroso invierno, que dura desde Noviembre hasta Mayo inclusive. Durante él las lluvias, las nieves, los frios excesivos, alternan sin cesar con una espesa niebla, que embarga casi de continuo el sol, y penetrando su humedad en los cuerpos, produce un malestar indefinible, un tedio singular; y á veces, impregnada en pestilentes miasmas, causa irritaciones de nervios, ardor en los ojos y en la garganta, y jaquecas agudas.—No hablemos de los demas inconvenientes producidos por la humedad constante del piso, ni del espectáculo inmundo que ofrecen las calles en meses enteros de lluvias y nieves, ni de un frio, en fin, hasta de quince grados por bajo de cero, que permite á los aficionados pasear tranquilamente sobre el Sena.—Sin embargo, algunos dias de Marzo y de Abril suele acertar el sol á dominar la espesa bruma que le envuelve, y en ellos es por manera agradable el paseo, de dos á cuatro de la tarde, por el animado boulevard *de los Italianos*, ó por las hermosas losas de la calle *de la Paz*, sitio privilegiado de la más brillante concurrencia.

El 1.º de Mayo, como dia de la festividad del Rey, hay (ademas de la gran recepcion y peroratas de Palacio)

muchas fiestas públicas, fuegos artificiales, cucañas, carreras en barcas, iluminaciones, etc., las cuales fiestas se reproducen *oficialmente* en los dias 29, 30 y 31 de Julio, aniversario de la Revolucion de 1830, y en ambas ocasiones el pueblo de París acude sin tomar parte y como simple espectador. Porque aquel pueblo no tiene, como todos los demas, su fiesta propia ó patronal; y aún las religiosas le son indiferentes; de suerte que los dias de la Semana Santa, del Córpus, Pascuas y demas, y hasta el de Santa Genoveva, venerada antiguamente como patrona de París, pasan en él desapercibidos, y sólo los dias de *fiesta nacional*, como los arriba citados, son los que le reunen en comun solaz.—La Exposicion anual de pinturas en el Louvre, y la de la Industria, cada cuatro años, son espectáculos tambien que animan la primavera en aquella ciudad.

Llegados los ardores de Junio, toda la sociedad *que se respeta* huye léjos de los muros de la capital, y van á guarecerse, cuál á su lejano castillo de la Bretaña, cuál á su magnífica quinta de la Turena, éste á los elegantes baños de Spa ó de Wiesbaden, aquél á su modesta posesion de Montmorency ó de Passy.—Y los que, obligados por sus ocupaciones, tienen que estar condenados á permanecer en la capital, aprovechan la ocasion de los domingos para lanzarse fuera de barreras, en *ómnibus*, *fiacres*, *coucous*, *diligencias* y *wagones*; en barcos por el rio, ó arrastrados por el vapor en los caminos de hierro; corriendo á saborear las delicias del campo, aunque no sea más que á una GUINCUETA (especie de establecimientos campestres como la *Minerva* de nuestro Chamberí), á un tiro de bala de la capital.—Otros, mejor aconsejados, desembarcan á millares en las animadas fiestas patronales de los pueblos del contorno; visitan sus bosques y deli-

ciosas florestas; consumen alegremente sus provisiones sobre la verde alfombra ó bajo un pintoresco templete dedicado «*Al amor puro y fiel*» por el dueño de una fonda ó el director de una sala de bailes, donde se pagan *dos reales de entrada y las señoras grátis*.—O bien, aprovechando la feliz aplicacion de los caminos de hierro, se trasladan en pocos minutos á la magnífica terraza de San German ó á la animada feria y bellos parques de San Cloud, ó visitan la admirable fábrica y museo de porcelana de Sèvres, ó el soberbio pensil y deliciosos bosques de Versálles.

Este último sitio, en particular, es objeto de especial peregrinacion; y la doble vía de carriles de hierro establecidos últimamente á una y otra orilla del Sena permite tal frecuencia de comunicacion con la capital, que en cualquiera de los domingos del verano, en que corren las fuentes del parque, ó se permite al público la entrada del Palacio, puede calcularse en treinta mil y más personas las que en numerosos convoyes de quinientas ó seiscientas cada uno, se trasladan durante el dia á aquella ciudad.—No es sólo el famoso palacio y los ricos é inmensos bosques y jardines de Luis XIV lo que tiene que admirarse en ella; es tambien el grandioso monumento levantado por Luis Felipe á la gloria nacional en el *Museo histórico* que ha mandado reunir en su rico palacio; interminable galería, en que se ven reproducidos en el lienzo y en la piedra todos los hechos memorables de la historia francesa, desde la antigua monarquía de Clóvis hasta la actual de 1830; todos los retratos de personajes notables, monumentos artísticos, y un sinnúmero de otros objetos análogos, que exigen muchas visitas á aquella encantadora mansion.

El espectáculo de las ferias de San Cloud y San German es otro de los más animados y pintorescos que verse



puedan, pues en él vienen á reunirse lo hermoso del sitio de la escena, extensos bosques y bellísimos jardines, numerosa concurrencia de la capital y sus cercanías, é infinito número de tiendas provisionales improvisadas á lo largo de los paseos, con los innumerables y variados episodios que producen multitud de salones públicos de bailes, teatrillos de tablas, exposiciones de monstruos, juegos de manos y experimentos de física recreativa.

Es preciso asistir á semejantes espectáculos para conocer hasta dónde alcanza el deseo de la ganancia en aquellos industriales, para conocer y admirar los ingeniosos medios de charlatanería que despliegan los *saltimbanquis*. — Este tipo, otro de los que abundan en la baja sociedad francesa, y que es absolutamente desconocido en nuestra España, es uno de los más cómicos y grotescos que pudiera inventar la imaginacion más risueña; y no se sabe qué admirar más, si su estrambótica figura y fantásticos arreos, la osada petulancia de sus relaciones y pomposas ofertas, ó la ciega confianza del vulgo, que los cree, como suele decirse, á piés juntos, cuando le brindan con arrancarle las muelas *sin dolor*; cuando le ofrecen elixires para vencer los rigores de su querida ú obligar á la fidelidad sus maridos; cuando le escamotean las monedas en rápidos juegos de manos; cuando improvisan escenas altisonantes y trágicas, ó recitan poemas burlescos y cuentos de fantasía; todo á la luz de numerosas teas, subidos en carros ó tablados enormes, interrumpidas sus voces por el redoble del tambor ó el ruido de los petardos. — La Musa cómica moderna ha presentado este tipo en una pieza titulada *Los Saltimbanquis*, en la cual, bajo la figura popular del héroe *Bilboquet*, se ha hecho célebre el distinguido actor *Odri*, el rey de la farsa; y los graciosos dichos, máximas y epigramas que esmaltan el diálogo en aquella preciosa comedia, han llegado á ser otros tantos

refranes característicos y aplicables á todos los farsantes políticos y literarios, que tanto abundan en las sociedades modernas, y singularmente en la francesa.

Llegado el mes de Octubre, y muy avanzado ya el otoño, van regresando á París las elegantes familias que ocupaban los castillos y casas de campo; los intrépidos *tou-ristas* que habian salido á recorrer las orillas del Rhin ó las montañas del Pirineo, y toda la cohorte de deidades teatrales que fueron á lucir sus voces, gestos y gambadas en las orillas nebulosas del Támesis ó en las heladas márgenes del Newa.—Todos los teatros de París vuelven á recobrar su actividad, y los ingenios se apresuran á ofrecer á sus apasionados los frutos de sus meditaciones, nacidos en un bosque de la Bretaña ó en una cabaña de la Suiza.—Vuelve á surcar las calles la inmensa multitud de elegantes carruajes, y la actividad del comercio y de la industria llega por aquel tiempo á su apogeo.

Las carreras de caballos en el *Campo de Marte*; los elegantes paseos de los *leones* (1) *al bosque de Boloña*, y el estreno de las piezas nuevas y de los nuevos actores, son los más favoritos espectáculos del otoño, que por otro lado suele presentar días hermosísimos y templados, hasta que, ya bien entrado Noviembre, empieza la estacion de las

(1) La nomenclatura de la moda, tan fantástica como sus caprichos, ha adoptado en aquella capital el título de *Leones* y *Leonas* para designar aquellos elegantes refinados, de ambos sexos, en quienes el cuidado de sus luengas barbas y cabelleras es la ocupacion principal. Llámanse tambien *Tigres* los otros elegantes de medio carácter, imitadores de aquéllos; *Ratas*, las figurantas del baile de la Ópera (sin duda por lo que devoran de príncipes alemanes, lores ingleses y financieros judíos), y otros nombres así, más ó ménos propios; lo que ha dado lugar á una gráciliosa sátira que se titula *Bestias curiosas de París y su rastro*.